

POETAS QUITENOS

ARTURO BORJA
(1.892 - 1.912)

MADRE LOCURA

¡Madre Locura! Quiero ponerme tus caretas.
Quiero en tus cascabeles beber la incoherencia,
y al son de las sonajas y de las panderetas
frivolizar la vida con divina inconsciencia.

¡Madre Locura! Dame la sardónica gracia
de las peroraciones y las palabras rotas.
Tus hijos pertenecen a la alta aristocracia
de la risa que llora, danzando alegres jotas.

Sólo amargura traje del país de Cíteres.
Sé que la vida es dura, y sé que los placeres
son libélulas vanas, son bostezos, son tedio

Y por esto, Locura, yo anhele tu remedio,
que disipa tristezas, borra melancolías,
y puebla los espíritus de olvido y alegrías!

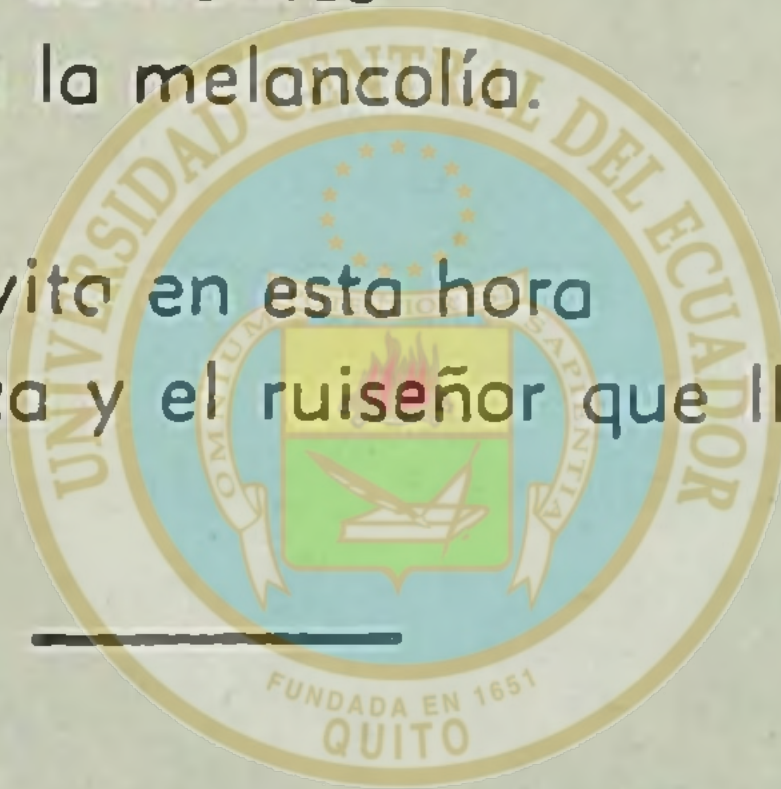
HUMBERTO FIERRO
(1.890 - 1.929)

LA TRISTEZA DEL ANGELUS

En el puente de piedra que el musgo lento cubre
he descansado viendo que se deshoja el día,
en el puente de piedra en donde a fin de Octubre
Veíamos ponientes de equívoca alegría.

He aguardado el ángelus que su sonrisa abría
para nuestra señora la eterna Poesía.
Y he sentido el perfume silvestre, como antes
en el paisaje humilde que Millet firmaría,
y mi corazón y mi alma delirantes
se dan sin condiciones a la melancolía.

A la melancolía, que invita en esta hora
a oír largamente el agua y el ruiseñor que llora.



JORGE CARRERA ANDRADE
(1.902.....)

SEGUNDA VIDA DE MI MADRE

Oigo en torno de mí tu conocido paso,
tu andar de nube o lento río
tu presencia imponiendo, tu humilde majestad
visitándome, súbdito de tu eterno dominio.

Sobre un pálido tiempo inolvidable,
sobre verdes familias, de bruces en la tierra,
sobre trajes vacíos y baules de llanto,
sobre un país de lluvia, calladamente reinas.

Caminas en insectos y en hongos, y tus leyes
por mi mano se cumplen cada día
y tu voz, por mi boca, furtiva se resbala
ablandando mi voz de metal y ceniza.

Brújula de mi larga travesía terrestre.
O. igen de mi sangre, fuente de mi destino.
Cuando el polvo sin faz te escondió en su guarida,
me desperté asombrado de encontrarme aún vivo.

Y quise echar abajo las invisibles puertas
y dí vueltas en vano, prisionero.
Con cuerda de sollozos me ahorqué sin ventura
y atravesé, llamándote, los pantanos del sueño.

Mas te encuentras viviendo en torno mío.
Te siento mansamente respirando
en esas dulces cosas que me miran
en un orden celeste dispuestas por tu mano.

Ocupas en su anchura el sol de la mañana
y con tu acostumbrada solicitud me arropas
en su manta sin peso, de alta lumbre,
aún fría de gallos y de sombras.

Mides el silbo líquido de insectos y de pájaros
la dulzura entregándome del mundo
y tus tiernas señales van guiándome,
mi soledad llenando con tu lenguaje oculto.

Te encuentras en mis actos, habitas mis silencios.
Por encima de mi hombro tu mandato me dictas
cuando la noche sorbe los colores
y llena el hueco espacio tu presencia infinita.

Cigo dentro de mí tus palabras proféticas
y la vigilia entera me acompaña
sucesos avisándome, claves incomprensibles,
nacimientos de estrellas, edades de las plantas.

Moradora del cielo, vive, vive sin años.
Mi sangre original, mi luz primera.
Que tu vida inmortal alentando en las cosas
en vasto coro simple me rodee y sostenga.



BELINDA (Escultura

Dr. Oswaldo Rodríguez

GONZALO ESCUDERO

(1.903.....)

TU

Tú, sólo Tú, apenas Tú en los desvaneceres
últimos de la llama de este candil de barro.
Río de miel dorada para ahogarme. Tú eres
hecha para morderte de amor como un cigarro....
Tú, la pluma ligera y la brizna volátil
y el copo de sol ebrio en un pinar de asombro,
mientras una caricia húmeda, como un dátil,
se resbala en la piel de uva dulce de tu hombro.
Tú, la alondra azorada sin alas y sin nombre
que enciendes dos luciérnagas en tus pezones rubios.
Tú, la guirnalda trémula para mis brazos de hombre.
¡Tú, el arcoiris tenue después de mis diluvios!
Tú, la envoltura tibia de olor de mi fracaso,
la albahaca rendida de los muslos tersos.
¡Tú, el absyntio mortal en el ónix de un vaso,
si mordiendo tus senos tengo dos universos!
Tú, el salto de agua clara que no se oye y la chispa
vigilante que apenas es una estalactita
de estupor en mi cuerpo bárbaro que se crispa,
¡como la arquitectura de una tromba infinita!
Tú, el hemistiquio de una galera que me envuelve
con sus remos que son dos tobillos de nardo.
¡Y tu alma de gacela tímida se disuelve
dentro de mis radiantes vértebras de leopardo!
¡Tu carne de pantera flexible que me acecha!
¡Tu carne acre de amante núbil y de serpiente!
¡Más eléctrica que una mordedura de flecha!
¡Más diáfana que un día de sol en un torrente!
¡Más perfumada que el ámbar de un pebetero!
¡Más prohibida que un libro que no se ha escrito nunca!
¡Más trémula que el grito musical de un pandero
¡Más borracha de amor que una columna trunca
¡Tú, el suspiro que apenas es un aro que rueda!
¡Y Tú, el mordisco que es un cohete que salta!
¡Tú, la crucifixión de un mirto en la reseda!
¡Tú, la campana lírica de la torre más alta!

¡Tú, el álamo que tiende su índice a la burbuja
del cielo, como un niño que quisiera llorar.
Tú, el narcótico blando para la muerte bruja.
¡Tú, el pleamar de oro para mi último mar!

ALFREDO GANGOTENA
(1.904 - 1.944)

TEMPESTAD SECRETA

Soledad de luces, soledad de alientos.
¡Oh lágrimas me dais voces
De su presencia, en solar de mis adentros
Tan remoto!
Arrobado en tales ansias,
Ora a vuelta de desmayos,
Ora en tela de lamentos,
Pasaré la noche en prenda
De soledad,
con el alma ahíta, a tientas,
Con el alma enjuta en sienes de sudores y tormentas.

Voy clamando en graves ayes el deseo de mi boca.
Y no es de pan, ni es de vino el menester;
Ni sed, ni ganas de aquesta colación.
En el jugo, fuente y gota de tus seños;
¡Oh prueba sin consejos! ¡Sequedales del ansia viva!

¡Cuánto padecer! ¡ya cuánta cosa he roto,
Y cuántos golpes en busca del alivio!

Manos mías en el huerto,
Derramad las flores llenas
Derramadlas en sustento de la ensangrentada luz
Que palpita en mi costado.
Este cavilar nocturno.
Un tal querer enclavado en mis entrañas.
Esta llaga cruel de tu presencia,
abierta en todo el rostro.
¡Soledad de luces, soledad de alientos!
Ni siquiera en sombra tus miradas me cubren ya.



ANHELO (Escultura)

Dr. Oswaldo Rodríguez

Desde el otero

acudo al llano de tantas bajas tierras escondidas
Mas ¿dónde están los seños que apetecen mis sentidos?
¿Dónde el pecho de mi boca?

En sus altas horas y en el gozo,
en la cima de estambres y deleites,
Vino el Huésped.

Abrió cuentas,
Y a vuelta de sorpresas no pudo menos que gritar,
A todo ámbito la voz de su desmayo,
Que gritar:
¡desolación, desolación!

¡Cuántos cuervos en la noche!
Alimañas en mi senda, alimañas de tanta sed.
Atado al peso de lo oscuro, al clamor de mis entrañas.
Pronto dormiré mis sueños
Bajo el menguado párpado de este insomnio.

¡Oh moradas de cal viva!
Allá vuelo en desatino
Con toda la mirada en trances de soslayo,
arriba de estos grandes vuelos
corporales.

Vino el Huésped,
Y desnudo me encontró:
Mis oídos sin respuesta,
Tan reseco el albihar.
Desnudo del hambre, de venas y de espíritu.

Vino el Huésped, en sazón
De esperanzas y clamores;
Y único en las praderas de su huella, no pudo menos que exclamar
—Los ojos encendidos en la prenda de sus ayes—,
A su vez que exclamar:
¡desolación, desolación!
